

Ignacio Ellacuría: Un vasco que apostó por la justicia

ALFREDO TAMAYO AYESTARÁN

1. Introducción

Hace un par de años el jesuita Jon Sobrino afirmaba en una entrevista que más peligroso que el criminal era el olvido. En verdad no podemos sucumbir a la tentación de desterrar de nuestra memoria colectiva a personas señeras que han marcado nuestra historia y nos han señalado caminos de realización humana. Uno de estos personajes importantes nacido en nuestra tierra ha sido sin duda Ignacio Ellacuría, rector de la Universidad Centroamericana de San Salvador, asesinado el 16 de noviembre de 1989.

Ellacuría fue un hombre docto, sacerdote y jesuita. Ciertamente la religión no ha estado nunca lejos de la política. Para bien y para mal. Ha contribuido a la liberación de los cautivos y ha amparado situaciones de inhumanidad. Esto es especialmente verdad en un continente como América Latina en el que la religión tiene honda raigambre. Si han existido hombres de Iglesia como Bartolomé de las Casas, Antonio de Montesinos y Antonio Vieira que se pusieron de modo decidido de parte de los indígenas sojuzgados, también es un hecho que esa misma Iglesia ha dado cobertura a dictaduras infames como las de Trujillo, Pinochet y la Junta militar argentina, para no citar sino las más recientes. El Concilio Vaticano II significó en buena parte un giro en positivo en un gran sector de la Iglesia latinoamericana. Los congresos del Episcopado en Medellín (1968) y de Puebla de los Angeles (1979) dejaron oír una voz muy distinta de cualquiera otra reunión de Iglesia. Surgió la Teología de la Liberación con Gustavo Gutiérrez, Hugo Assmann y Leonardo Boff entre otros. Se constituyeron por todo el continente las llamadas Comunidades Cristianas de Base y surgió en el seno del clero la resolu-

ción de situarse de forma decidida del lado de los pobres. Esta decisión adoptó formas diversas. Hubo sacerdotes que se incorporaron a la lucha armada y perdieron la vida en el empeño. Fueron, por ejemplo, Camilo Torres en Colombia, Fernando Hoyos en Guatemala, el padre Guadalupe en Honduras. Otra manera consistió en acompañar a la guerrilla insurgente sin empuñar las armas. He conocido al sacerdote flamenco Rogelio Poncele que convivió con la guerrilla salvadoreña en las montañas de Morazán. Una tercera manera de situarse de parte de los pobres ha sido la de ejercer de párroco y dedicar tiempo a concienciar a los campesinos de la injusticia de su situación y ayudarles a ser ellos mismos los actores de su liberación. Así el jesuita Rutilio Grande entre otros muchos, compañero nuestro, muerto a tiros en 1977 en su parroquia de Aguilares en El Salvador junto con un abuelo y un niño. También dentro de esta tercera forma de tomar partido por los pobres se encuadra la acción desde la universidad entendida como institución al servicio de una sociedad más justa. Esta fue la forma por la que optó Ignacio Ellacuría (I.E.).

2. Los límites de mi trabajo

No puedo abarcar naturalmente en una conferencia todo lo concerniente a una figura tan rica como la de I.E. Por fuerza he de limitarme. Lo voy a hacer centrándome en describir su trayectoria vital, su personalidad, su apuesta valiente desde la universidad por las que él denominaba “mayorías populares”. En consecuencia no puedo entrar en el estudio ni siquiera sucinto de su pensamiento sea filosófico, teológico o político. Al que quiera asomarse a la filosofía de I.E. le podría recomendar el excelente artículo de Antonio González “Aproximación a la obra filosófica de Ignacio Ellacuría”¹. El libro “Conversión de la Iglesia al Reino de Dios”² del mismo Ellacuría ayudará a iniciarse en lo más enjundioso de su teología. Y el artículo “Filosofía y política”³ puede ayudar a iniciarse en su pensamiento ético-político.

3. Trayectoria vital

Ignacio Ellacuría nace el 9 de noviembre de 1930 en Portugaleta (Vizcaya). La familia Ellacuría es una familia de honda raigambre católica. El

(1) E.C.A. (Estudios Centroamericanos) 1990.

(2) Santander 1984 Ed. Sal Terrae.

(3) E.C.A. 1972.

padre. D. Ildefonso, es oftalmólogo y profesa una religión exigente, un tanto rígida. Es costumbre familiar el rezo del rosario. De los cinco hijos tres ingresarán en la Compañía de Jesús y uno en el clero diocesano. Ignacio cursó su bachillerato en el colegio de los jesuitas de Tudela de Navarra. El 14 de noviembre de 1947 ingresa en el noviciado de Loyola. Pronto Ignacio con otros compañeros novicios se traslada a Centroamérica para abrir en Santa Tecla (El Salvador) el primer noviciado de la región centroamericana. Miguel Elizondo es el primer maestro de novicios. Su espiritualidad deja honda huella en I.E. y bien se le puede considerar su primer gran maestro.

El segundo fue sin duda Aurelio Espinosa, un jesuita ecuatoriano, humanista y pensador de renombre bajo cuya dirección cursó los estudios humanísticos. Espinosa inculcó en I.E. el amor por los clásicos y la importancia de crear en El Salvador una biblioteca que reuniera la producción literaria y artística del país. El tercer gran maestro fue el teólogo Karl Rahner en la Facultad de Innsbruck. Valía la pena llegarse a ella sólo por tener la suerte de escucharle. Ellacuría estuvo en Innsbruck en el período 1958-1962. Entonces le conocí por vez primera. En 1962 y ordenado ya sacerdote viene a Madrid para hacer su doctorado en filosofía. Aquí encuentra a su cuarto gran maestro: Xavier Zubiri. Entre los dos se va a establecer una sintonía humana y científica que durará ya toda la vida. Zubiri y su esposa Carmen Castro, la hija de Américo Castro, serán sus dos grandes amigos de Madrid. Bajo la dirección del pensador donostiarra Ellacuría elaborará su tesis sobre “La principialidad de la esencia en Xavier Zubiri”. A ella seguirán otros estudios zubirianos como “Antropología de X.Z.” y “La religación actitud radical del hombre”.

No se puede comprender el curso de la aventura vital de I.E. a partir de este momento si se deja de lado la consideración de la circunstancia histórica que viven a partir de los años sesenta la Iglesia y la Compañía de Jesús en el mundo entero y sobre todo en el área latinoamericana. Tras el Concilio se abre paso entre los jesuitas una revolución de mentalidad y talante. Cabeza y corazón de este cambio radical es Pedro Arrupe. El mismo nos cuenta cómo hacia 1965 tiene lugar en él una experiencia espiritual que le empuja a introducir en el curso de la Orden un cambio fundamental de rumbo. En una carta dirigida a los jesuitas de América Latina habla de que

“...la Compañía tiene contraída una cierta obligación moral de reparar visiblemente... lo que como jesuitas hemos dejado y estamos dejando de hacer por la justicia social y la equidad social” y de “La obligación moral de repensar todos los ministerios y apostolado y de analizar si realmente responden a los requisitos de urgencia y prevalencia de la justicia y aun de la equidad social”.

Con el fin de impulsar con eficacia el nuevo derrotero Arrupe convoca en 1974 en Roma una asamblea de representantes de todas las provincias jesuíticas. I.E. toma parte como portavoz de la región centroamericana. La asamblea romana confirma unánimemente la nueva línea de Arrupe. Los jesuitas vuelven a sus lugares de origen y comienzan a llevar a cabo las nuevas consignas de “Fe y justicia”, “Fe que se hace realidad en la praxis de la justicia”, “Fe hecha creíble por el trabajo en pro de la justicia”. En el Canadá francés los jesuitas se desprenden de cuatro colegios dedicados a las clases ricas para traspasar su acción en beneficio de los pobres. Los jesuitas mejicanos abandonan el colegio “Patria” en el que se formaban los hijos de las clases adineradas. En Honduras la Compañía de Jesús se dedica de una manera muy radical al servicio de los campesinos en parroquias muy pobres. Hay jesuitas en Guatemala y Honduras que entran a formar parte de la guerrilla insurgente. En Nicaragua un numeroso grupo colabora con el nuevo régimen sandinista, entre ellos Fernando Cardenal que forma parte del gobierno. En Europa el número de jesuitas que opta por la clase obrera es también grande. Surge la llamada “Misión obrera”. Pero toda esta nueva dinámica no se abre paso naturalmente sin que se produzcan fuertes tensiones en el interior de la Orden. El ala tradicional se siente incómoda y centra su crítica en Pedro Arrupe. Se hizo famosa entonces una frase: “Un vasco fundó la Compañía de Jesús y otro vasco la destruye”. Pero la contradicción fuera de los muros de la Orden es mucho más peligrosa. En el tiempo que va de 1973 a 1989 mueren asesinados 30 jesuitas. Africa, India, Bolivia, Brasil, El Salvador, Honduras son los lugares del nuevo martirio.

I.E. vive muy de cerca esta circunstancia a partir de 1967 en que vuelve a Centroamérica, por cierto con gran resistencia de Zubiri que lo quería junto a sí. En Ellacuría se va a dar un giro hacia el mundo de los pobres similar al de Pedro Arrupe. Rodolfo Cardenal, historiador, sitúa esta conversión en 1969 en los meses de la guerra entre El Salvador y Honduras. Sus ojos ya no ven la realidad centroamericana como la veían antes. Son ahora ojos nuevos que la ven desde la perspectiva de una fe que lleva en el corazón a los predilectos de Cristo. La pobreza y la miseria no son en modo alguno naturales sino resultado de la ambición y crueldad de los ricos y oligarcas. Poco a poco I.E. se erige dentro de la comunidad jesuítica en cabeza de la nueva orientación. Hasta el punto de suscitar ciertos celos en sus superiores de Roma. “Arrupe, por fin, cuando vino aquí y nos oyó, nos dió la razón”, les oí decir un día. Ellacuría se va convenciendo cada vez más de que la Universidad tiene que ser la conciencia crítica de la sociedad salvadoreña. Esto iba a suponer pronto un acontecimiento en el pequeño país centroamericano. La Universidad Centroamericana

había sido fundada hacía pocos años por los jesuitas con una financiación sustancial de la oligarquía y tendría por misión contrarrestar la influencia de la Universidad Nacional fuertemente ideologizada de marxismo. Por eso la oligarquía salvadoreña se sintió traicionada al observar el nuevo rumbo de la institución y nunca lo quiso perdonar. I.E. nombrado director de la Revista de Estudios Centroamericanos (E.C.A.) va a hacer de ella la tribuna de la nueva orientación universitaria. Una serie de artículos lo demuestran. Por ejemplo, “Seguridad social y solidaridad humana”⁴, “Los derechos humanos fundamentales y su limitación legal y política”⁵, “Progreso y revolución”⁶ y uno en extremo valiente y que alcanzó gran resonancia titulado “A sus órdenes, mi Capital”⁷ en el que criticaba la actitud del presidente Molina de volverse atrás en su proyecto de reforma agraria de miedo a la oligarquía.

La política socio-económica del gobierno exaspera cada vez más a campesinos y obreros que ven cómo es prácticamente imposible conseguir que se reconozcan sus derechos laborales por los medios pacíficos. Al final estalla la subversión y se constituye el llamado Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN). La insurrección armada es contestada primero con la llamada guerra de “alta intensidad” por parte del ejército. Más tarde, a la vista del fracaso y del excesivo número de bajas por ambas partes y por consejo de los Estados Unidos, se le sustituye por la de “baja intensidad”.

Ellacuría sale del país en 1976 y se viene a Madrid para trabajar con Xavier Zubiri. Entretanto se desata una campaña feroz contra la Iglesia progresista. Los escuadrones de la muerte propagan un eslogan: “Haga patria y mate un cura”. Los jesuitas son conminados a abandonar el país bajo amenaza de muerte. Una serie de sacerdotes mueren a manos de los escuadrones, entre ellos el jesuita Rutilio Grande. Ellacuría da cursos y conferencias por Europa, Estados Unidos y América Latina. Pero en agosto de 1978 ya está en El Salvador. En 1979 es nombrado rector de la Universidad. Durante su mandato aumentan las facultades. Ahora son las de arquitectura, ciencias económicas y empresariales, derecho, filosofía, humanidades y teología. Y sueña

(4) ECA 1969.

(5) ECA 1969.

(6) ECA 1970.

(7) ECA 1976.

con abrir una de medicina. Se interesa ahora más por la teología, por una teología liberadora naturalmente. Una serie de artículos de este tiempo dan fe de ello: “El pueblo crucificado: ensayo de soteriología histórica”⁸, “Entre Medellín y Puebla”⁹ y “Fe y Justicia”¹⁰, por ejemplo.

El 24 de marzo de 1980 una noticia da la vuelta al mundo. Los escuadrones de la muerte han asesinado al arzobispo de San Salvador, Oscar Romero. Ellacuría se estremece. Había compartido con él últimamente todos los fines de semana la elaboración de la homilía que el arzobispo había de pronunciar en la misa del domingo y que era transmitida por radio a todo el país. Era como la voz de los sin voz. La muerte violenta del arzobispo le sugiere una serie de artículos. Cito uno tan sólo: “Monseñor Romero un enviado por Dios para salvar a su pueblo”¹¹. En la lista de los grandes maestros de I.E. como fueron Elizondo, Espinosa, Rahner y Zubiri Oscar Romero ocupa un lugar muy especial. Jon Sobrino, testigo cualificado, lo ha subrayado. Romero fue para Ellacuría alguien fuera de lo común. Fue, dice, el encuentro con un hombre poseído por Dios, con un hombre de una fe total en el Dios de los pobres y de los pequeños, dispuesto a darlo todo por El. “Con Monseñor, dije una vez I.E., Dios pasó por El Salvador”¹².

Tras la muerte del arzobispo la Universidad es hostigada de manera especial. La imprenta es atacada con bombas, lo mismo la residencia de los jesuitas. I.E. se ve obligado a abandonar el país. El embajador de España Alvarez de Miranda lo lleva hasta el aeropuerto y lo deja en el avión. En Madrid prosigue su trabajo con su admirado y querido Zubiri. Regresa a El Salvador en 1982. La guerrilla ha secuestrado a la hija del presidente Duarte. Ellacuría junto con el nuevo arzobispo hace de mediador. La secuestrada es canjeada por 22 presos políticos y 101 heridos de guerra que son trasladados a hospitales de Cuba. Pero el rector de la UCA no olvida nunca la labor universitaria. Funda la que se va a llamar Cátedra de la Realidad Nacional. En el Paraninfo confluyen personajes de ideologías contrapuestas para discutir problemas de inte-

(8) Méjico 1978 CTR.

(9) ECA 1978.

(10) Christus, Méjico 1977.

(11) Santander 1980.

(12) “Ignacio Ellacuría: aquella libertad esclarecida”, Santander 1999.

rés colectivo. Yo mismo tuve la ocasión de escuchar a dos de los comandantes de la guerrilla: a Ana Guadalupe Martínez y a Joaquín Villalobos. I.E. se halla en estos momentos en la cumbre de su condición de personaje público. Se prodiga en los medios. Para algunos en exceso. Se le acusa de reformista y a la vez de comunista. Llega un momento en que la Democracia Cristiana de Duarte pierde las elecciones. Sube al poder la Alianza Republicana Nacionalista. A pesar de constituir la extrema derecha I.E. confía en el talante civilizado del nuevo presidente Cristiani. Yo llegué a El Salvador en esos días invitado por el mismo Ignacio. Me pasó sus clases de filosofía para así quedar más libre para la coyuntura delicada del momento. Viví tres meses en aquella comunidad de la que sólomente se salvarían dos: Rodolfo Cardenal y Jon Sobrino. Al día siguiente de llegar recuerdo que por la noche tembló la tierra y pusieron bombas en la imprenta. Por la mañana a primera hora topé con el rector de la UCA. “¿Qué fue lo de anoche, Ignacio? le pregunté”. “Pues unas bombitas”, me contestó sonriendo. “Nos han puesto ya tantas”. Por la noche durante la cena se nos iba la luz. La guerrilla derribaba los postes de la conducción eléctrica. Pero siempre había a mano unas botellas con velas que eran encendidas y la cena proseguía. Durante las clases los helicópteros militares impedían seguir la explicación. En la calle soldados metralleta en mano regulaban el tráfico. Un día fue invitado a cenar el mencionado Alvarez Miranda, embajador de España. I.E. nos dijo: “No falten Ustedes; a este hombre le debemos mucho”. Los domingos por la tarde I.E. no salía. Se le veía pasear por los jardines de la Universidad concentrado en sus pensamientos y proyectos.

El rector de la UCA vino a España en otoño del 1989 a recoger en Barcelona el premio “Alfonso Comín”. Había estallado la ofensiva. El 13 de noviembre de madrugada el batallón Atlacatl aporreó la puerta de la residencia. Salió él mismo a abrir. Increpó a los militares: “No tienen por qué hacer ese estrépito. Llamen y se les abrirá”. A empujones fue llevado al jardín y obligado a tumbarse sobre el césped. Para ser fusilado.

4. La personalidad de Ignacio Ellacuría

¿Cómo era I.E.? ¿Cuáles eran los rasgos más destacados de su humanidad, de su carácter? Comienzo por lo más externo. Era de complejión atlética, dotado para el deporte, excelente jugador de fútbol en sus años jóvenes, “hincha” del Athletic Club de Bilbao. Persona de gran inteligencia, claro en su pensamiento, exigente y riguroso en el momento de pedir y de dar razones, buscador de fundamento y de razón última. Hizo suya la “voluntad de verdad”

de su maestro Zubiri. Gran trabajador intelectual. Lo demuestra el conjunto de editoriales, artículos, comentarios y pronunciamientos elaborados a lo largo de unos veinte años y que se han editado en tres volúmenes tras su muerte que suman en conjunto casi dos mil páginas. La muerte le sorprendió antes de llevar a efecto su deseo de volver a leer todo lo escrito por el y comprobar qué era aquello en que había acertado y qué era aquello en que no. Este afán de verdad le impulsó también a entablar contactos con gentes de diversos talentos e ideologías, fueran políticos, militares, sindicalistas o guerrilleros. Tuvo incluso la gallardía de querer invitar a su Cátedra de Realidad Nacional al siniestro fundador de los escuadrones de la muerte, al mayor D'Aubuisson.

I.E. fue por otra parte un hombre de voluntad muy firme que llevaba hasta el final aquello que se proponía. Podía ser a las veces irónico, mordaz incluso, era colérico de temperamento, detestaba el mariposeo. Por eso censuraba duramente a aquellos jesuitas pertenecientes a la Universidad que se embarcaban en exceso en tareas pastorales. El siempre estuvo al cien por cien para la Universidad. Hombre de carácter y de firmes convicciones no eludía la confrontación cuando estaba convencido de que defendía la verdad y la justicia. Tanto en Innsbruck como en Madrid y en El Salvador mantuvo diferencias e incluso choques con superiores e iguales. Me pareció siempre algo distante. Pienso que tenía un fondo de timidez. La dura circunstancia le hizo cada vez más reservado. No salía nunca de vacaciones y solía decir que el pueblo nunca goza de ellas. El trabajo que cargaba sobre sí era a todas luces excesivo y se notaba en él un envejecimiento prematuro. Tras su muerte entré un día en su habitación de la residencia y vi sobre la mesa una serie de bolsitas de bicarbonato. Tenía problemas digestivos. Viniendo a un rasgo muy profundo de su personalidad es de justicia destacar su carácter de hombre de fe. La suya era naturalmente una fe ilustrada, nada ingenua, crítica. Trataba siempre de dar y de darse razón de ella. Era un pensador nato del dato revelado. La suya era una fe que trataba siempre de pisar tierra, huir de cualquier forma de espiritualismo. Creo que no era un hombre piadoso, mucho menos beato. Presentaba semejanza con aquel pastor protestante Dietrich Bonhoeffer, mártir del nazismo. Igual que él I.E. podía haber dicho que aspiraba más a ser un hombre cabal que un santo y que no había derecho a cantar gregoriano si no se protestaba contra la deportación de los judíos. Jon Sobrino ha destacado el carácter agónico de la fe de I.E. Si es verdad que la cultura latinoamericana tiene aún una fuerte impregnación religiosa y por ello facilita la fe, por otro lado la circunstancia de pobreza y miseria, el corazón de piedra de las clases dominantes que se proclaman católicas, el océano de sufrimiento que le rodea a uno hacen difícil la fe en Dios, sobre todo en un Dios bueno.

Seguramente I.E. tuvo que luchar por su fe como Abrahán, como Jacob, los hombres que combatieron con Dios. Sin duda creyó en la esperanza contra toda esperanza¹³.

Ellacuría sabía que le podían matar. Al estallar la ofensiva del FMLN en otoño de 1939 I.E. estaba, como vimos, en Barcelona. Le aconsejaron quedarse en España. No hizo caso. Dijo una vez más que no tenía miedo lo mismo que no tenía olfato. El 13 de noviembre ya estaba en La Universidad. En esa misma noche el ejército vino a registrar la residencia de los jesuitas. Alguien insinuó que podía tratarse de algo más que de un simple registro. Respondió con drasticidad que no había que ser paranoico. Ellacuría tan inteligente, tan perspicaz se equivocó. Venían a por él, a por ellos. Buscaban simplemente una previa visión del terreno antes de llevar a cabo la operación de muerte.

5. Con las armas del espíritu

Apostar a fondo por la justicia en un mar de injusticia. Pero no con las armas de muerte sino con las del espíritu. A la verdad I.E. nunca miró con buenos ojos la lucha armada. Ni siquiera la del Tercer Mundo. Si se la explicaba como nacida de la desesperación, no la creía solución de la situación de opresión de las mayorías populares. Su condena de la lucha armada y del terrorismo en el Primer Mundo era absoluta. En un artículo de la revista Concilium publicado un año antes de su muerte calificaba de sinrazón el terrorismo de ETA.

“Recurrir, escribe, a la violencia porque no se tiene capacidad de encontrar otros medios efectivos es confesión de la propia limitación y camino seguro de deshumanización”¹⁴.

Que el uso de la palabra que denuncia situaciones de injusticia no es un procedimiento cómodo y exento de riesgos lo testimonia el ejemplo del mismo Ellacuría y el de los cientos de hombres y mujeres que pagaron con su vida esa lucha no violenta en contra de la injusticia establecida.

Pero el arma del espíritu que I.E. eligió sobre todas en la lucha contra la injusticia reinante en El Salvador fue la Universidad. Lo importante para él no era que los jesuitas tuvieran una universidad sino qué tipo de universidad debían tener. El trabajó durante largos años en la construcción de un ente uni-

(13) Carta a los Romanos, 4, 5.

(14) “Trabajo no violento por la paz y violencia liberadora” Concilium 1988.

versitario al servicio del cambio social, de las mayorías populares, al servicio de la transformación de las mentes. Personalmente tuve la impresión al llegar por vez primera a la UCA en 1989 de encontrarme en una universidad muy distinta de las que había conocido: Complutense, Deusto, la del País Vasco, Innsbruck, Münster. Aquello era distinto. Había desde luego seriedad, rigor académico. Pero mucho más. Una preocupación por formar las conciencias en la justicia y el respeto a la dignidad del ser humano, una voluntad de que los estudiantes se asomaran a la realidad auténtica de su propio país e intentaran transformarla que se traducía en métodos y caminos muy concretos. I.E. tuvo la genialidad, en primer lugar de hacer de la filosofía de Xavier Zubiri en sus diversas facetas la filosofía de la Universidad. Así se contribuía a algo muy importante como era la organización de la mente, la adquisición de una cabeza clara y estructurada. Después la asignatura de ética y derechos humanos ayudaba a la formación de la conciencia moral y estaba distribuida por todas las carreras. Junto al vicerrectorado de Ordenación Académica había otro de Proyección Social y Extensión Universitaria que proclamaba que la Universidad no quería caer en endogamia de ninguna clase. Existían además como entidades propias un Instituto de Derechos Humanos y otro de la Opinión Pública, además de la mencionada Cátedra de la Realidad Nacional. Con este mismo fin de proyección hacia la sociedad la Universidad poseía una editorial propia y asimismo una imprenta. Antes de morir I.E. acariciaba la idea de levantar una emisora de radio en la Universidad, cosa que se realizó no mucho después de que nos dejara. Con el fin de abrir el centro universitario en lo posible a los estudiantes de escasos recursos económicos I.E. estableció un régimen de tasas académicas conforme con los ingresos. Recuerdo que un día mientras comíamos nos dijo que no le parecía bien que alumnos que se llegaban a la Universidad con su automóvil no pagaran peaje y que lo iba a introducir para ayudar a aquellos otros que venían en autobús. Seguramente este sistema de tasas no era ningún ideal para él, pero poco más se podía hacer en un país en donde el estado poco o nada entendía de subvenciones a la enseñanza y menos a la de los jesuitas.

6. Víctima con las víctimas

En el modesto museo de *Mártires de la UCA* creado tras la matanza del 16 de noviembre en el centro Monseñor Romero sito en la facultad de Teología se pueden recorrer las páginas sobrecogedora de un álbum del Servicio forense. Aquella hermosa cabeza de I.E. aparece completamente destrozada por las balas del batallón Atlacatl adiestrado en los Estados Unidos. Su cuerpo envuel-

to en una bata color café yace boca abajo sobre el césped del jardín de la residencia. Don Obdulio, el jardinero, padre de Celina, esposo de Julia Elba asesinadas también en aquella noche, plantó rosas blancas y rojas en ese jardín. Obdulio murió hace pocos años. Sin duda el asesinato de su esposa y de su hija le llevó poco a poco a perder las ganas de vivir. La ventana de mi habitación daba precisamente a ese jardín al que con frecuencia me asomaba dejando por unos momentos sobre la mesa la Metafísica de Aristóteles que debía explicar en clase. Unos cuantos metros más allá está la capilla universitaria dedicada a la Resurrección de Jesús. La capilla guarda en su interior como un tesoro los nichos con los cuerpos de los mártires. Sobre ellos han puesto una lápida con un texto de Pedro Arrupe:

“No combatiremos por la fe y la justicia sin que paguemos un precio”.

He pasado muchas horas ante esos rosales y ante esos nichos. Lo mismo que otros muchos. Se han convertido en Santos Lugares y cita de peregrinos. He visto llorar a visitantes estadounidenses al oír que los jesuitas fueron fusilados con balas traídas de su país. Me considero muy gratificado por haber podido convivir con aquellos compañeros los últimos meses de su vida.

Cristóbal Halffter cuenta cómo en 1976 los Coros y la Orquesta Nacional de Francia le pidieron una composición para que fuera estrenada en la iglesia de los Inválidos de París. Halffter se propuso crear un requiem que expresara el sentido cristiano de la muerte. Necesitaba un texto y acudió a Xavier Zubiri y su esposa Carmen. Ellos le remitieron a los buenos oficios de I.E. Este le proporcionó gustoso los textos para su “Officium defunctorum”. El 22 de noviembre, seis días después del asesinato de San Salvador, Cristóbal Halffter que había bautizado ahora con el nombre de Ignacio Ellacuría su requiem escribía un emotivo artículo en el ABC¹⁵ que concluye así:

“Nuestro “Officium defunctorum” termina con la voz de un niño que exclama, que grita, aleluya. Estoy convencido de que cuando esos asesinos masacraban a Ignacio, a sus compañeros y a tantos amigos inocentes, esa pequeña voz del niño habrá sonado como un trueno cuyo eco perdurará por generaciones. Gracias, Ignacio, por tu insistencia y tu ejemplo. Personas como tú ennoblecen a la condición humana, incluyendo a esos mismos seres que por acciones de barbarie semejantes pretenden despojarse de esa condición y dignidad con la que todos hemos nacido y que hombres como tú elevan en grado

(15) 22 Nov. 1989.

sumo. Esos seres sólo han conseguido quitarte la vida, todo lo demás que tú poseías permanece engrandecido entre nosotros”.

He comenzado aludiendo a una frase de Jon Sobrino que insiste en que la extinción de la memoria de un hombre digno de memoria es peor que el crimen. Pues sí. Sería algo peor que un crimen por nuestra parte olvidar la figura y el gesto de este hijo de nuestro País Vasco que apostó hasta la muerte por la justicia. Pero su memoria ha de ser viva y eficaz. Tenemos que aprender de Ignacio a leer la historia desde abajo, desde las víctimas, desde los condenados de la tierra. Desde esos casi dos tercios de la población mundial que denominamos con el calificativo aritmético y abstracto de Tercer Mundo y para los que la vida es sencillamente “valle de lágrimas”. También desde el que denominan algunos con otra calificación aritmética: el Cuarto Mundo, el mundo de las víctimas del capitalismo salvaje, el mundo de las mujeres humilladas, de las víctimas de nuestro terrorismo doméstico, de los inmigrantes que llaman a nuestras puertas o mueren ahogados en la mar antes de hacerlo. Ponerse del lado de las víctimas es la forma mejor de rendir homenaje y no dejar que se extinga la memoria de este vasco universal y solidario que fue Ignacio Ellacuría.

7. Bibliografía

ELLACURÍA I., “Filosofía de la realidad histórica”, San Salvador 1990, UCA Ed.

–, “Veinte años de historia en El Salvador”, San Salvador 1991, Tres Tomos, UCA Ed.

–, “Conversión de la Iglesia al Reino de Dios”, Santander 1984, Ed. Sal Terrae.

ELLACURÍA I./SOBRINO J., “Mysterium liberationis”, Dos Tomos, Madrid 1990, Ed. Trotta.

CARRANZA S.: (ed), “Mártires de la UCA”, San Salvador 1990, UCA Ed.

GONZÁLEZ A., “Aproximación a la obra filosófica de I. Ellacuría”, ECA, 1990.

SOBRINO J./ALVARADO R., “Ignacio Ellacuría: aquella libertad esclarecida, Santander 1999, Ed. Sal Terrae.

SOBRINO J./CARDENAL R., “Ignacio Ellacuría: el hombre, el pensador, el cristiano”, Bilbao 1994, Ed. EGA.

SOLS J., “El legado de Ignacio Ellacuría”, Barcelona 1998, Ed. Cristianisme i Justicia.